



Relatos de dos jó

Reflejos

Ver yacer tu ingrátida corporeidad, observarte con mis ojos nocturnales

Hubo un tiempo en que nada bastaba, un tiempo en el que el dolor mordía bajo todas sus advocaciones. Un tiempo en el que no era libre en un espacio ilimitado: un desierto hecho de muchedumbres, un palacio de espejos.

Busqué en el ático de mis desafectos una ranura por donde huir, sin lograr más que merodear en lugares comunes. Entonces empezaron a cuartearse todas las imágenes de mi catarata de voyeur, en un tránsito de jirones que aleteaban con sus alas de cuchillo. Quedamos sólo yo, conmigo. Entonces entendí el temor, el miedo que no está en lo desconocido, sino en lo recién descubierto, en la espiral de la propia nada en el propio exceso. No es la oscuridad, no es la luz, es simplemente el vacío. Desciendo. Camino, sólo camino. Muérdagos azules y cristales rotos.

Millas de niebla penetraron mi retina, ahogando mi espacio con un muro permeable a la alquimia de la muerte. La voz de mi espíritu enferma de arritmia y duele su rugido. Claudico. Nada peor que ser un desarraigado, en un tiempo mutilado por una sombra tan lejana que no recuerdo dónde volver. Sigo una ruta sin meridiano ni huellas, un desfiladero de transeúntes cuyo lenguaje no comprendo. ¿En qué mares se ha de ahogar esta pendiente, si mi voz no encuentra asilo para sus secretos?, ¿si sólo grito sombras y silencios y en mi interior se agitan las mareas con mis propias fases?

Se agolpan mis ideas en malabares insólitos, vislumbro un resquicio de lucidez proyectando una imagen sin rostro. Encuéntrame.

Sosiego, un minuto para sospechar tu presencia. Te veo y se extingue el crudo deseo de suspender el ritmo de esta sístole. Se marginan mi moral y mis pudores, mi universo se llena de tu preciosa indecencia. Esquivo el sutil movimiento de mis presunciones en la susurrante letanía de mis preceptos, fortuitas consideraciones del bien y el mal. ¿Dónde estás? Conflicto de la pérdida ingenuidad y el torpe cencerro del pecado. Solitaria némesis de un coloquio forzado con mi conciencia.

Hay un pensamiento que acosa mi mente como mantra, y es saber qué nostalgia de mi lejana oscuridad encuentro en tus verdes espejos.

Llegaste envolviéndome con el crepúsculo, encendiendo en fuego mis entrañas. Jamás te había esperado como ahora, con voracidad y total adoración. La agonía es amarga, tu rostro cetrino se acerca crepitando como hojas cayendo, murmurando aludes, tu cuerpo como un parcela escarpada.

No sé qué fuerza violenta me empuja a tus abismos, que trato de no ver para no caer en vértigo, pero puede más mi deseo de encontrarte y despeñar mis temores entre tus olas.

Me estrechas, anclado entre tus luces me extingo. Dibujo mis sueños con tus manos, pintándome del color de tus palabras, quedándome como una sombra de ocre y agua. Arden las palabras que nunca he mencionado, te cubren desde mi boca, escanciándote con un sabor a verdad eterna.

Tu calma es umbría y tibia, como una amenaza de lluvia,

desnudeces bruñidas que se rinden y embravecen, que menguan mis certezas y las pierden. Tu nombre es el deseado.

Con un beso desposas mi caos, un beso líquido y vertical sobre mi rendido relieve. Tu rostro se convierte en una galaxia ilegible. Se enardece indeleble la química de mi mortalidad en un lamento purpúreo brotando de mi garganta. Se quiebra el primitivo resquemor de la oquedad. La vida lacera.

Ahora estoy muriendo torpemente incrustado en tus aleros, sin otras municiones más que mi dolor, batiéndome en duelo con todas las preguntas y el último momento vertido en sangre de preciosa lentitud perfecta. Así, amanezco enlutado y ceniciento, apagado y descreído de los temores que ya no están. Ya no más. Todas las palabras se diluyen en tus ojos, que son como un universo distinto de mi dimensión de monocromía. Perdiste al encontrarte, viento mustio, huracán conrito, redención sin milagros, ajeno salado, fatalidad.

-Acuéstate- sonrías, reclamas, me dejas profuso de tu descarada hermosura. Infinitamente, sin piedad, enardeces la convaleciente superficie de mis memorias humanas. ¿cimo, tu aliento naufraga en la entropía vedada de cada recuerdo, ajeno a las heridas de mi naturaleza. Escribes sonetos sombríos en mi reticencia, callando las voces de mi humano martirio, que ya no se complace en su propio dolor midiendo la umbría mordaza de la carne, que en más se vierte en un mar de ojos, poros, bocas y oídos hambrientos de vida. Murmuras un nombre hecho de roca, un nombre de piel iridiscente y entrega, mi nombre que hoy es cuerpo de quien era, de mi sombra múltipara de sinsentidos.

Renazco desde tus ojos como dos espejos que barajan mis luces, dos verdes pupilas que me acercan a mis certezas. Me miras y me dejas sosteniendo la llaneza de la única respuesta a mis interrogantes: vivir es permanecer muriendo. Esperas en un resquicio de angustia, yo sé, un temor extraño a tu ser, pero nada más que un deleite de tu refinada perversidad.

-Persuádeme- miento y suplico. Sonrisa de áspid, descubres mi sombra, despiertas mi lava, me arrancas de la estrechez de un útero finito.

Como especias inquietantes que exudan los deseos, mi nueva esencia se abre a un mundo impávido que presencia mis estertores, la música de mis adioses y la ovación de mi sombra original. Voy como un torrente de oscura cafeína arrastrándome con destino a tu vórtice, con toda mi voluntad tras tuyo.

En tu ausencia, te imagino, enclavado en tu principio, criatura de tu deseo, me consumo en la noción que me absuelve de mis límites y acaricia las esquirlas de mi orden. Mis medidas se oxidan en un muro. Soplas sobre estas cenizas y se esparce el resplandor del bruno sino. Tu solo nombre.

Sospechas en tu callado refugio que mientras tú duermes, yo aún sueño. Te consume tu ignorancia sobre mi cartografía onírica y me complace ver tu aturdimiento, escanciando inferencias como margaritas. Una muesca en un océano glacial, incorrupto, me veo cincelandó tu misterio en mi avidez. Tu perversidad deliciosa dilata mi deseo.

Tenue y esplendorosa, tu presencia con la que me despierto todas las noches, con el hambre de tu destierro y el turbio deseo de la doble daga de tus besos.

Converso, no preciso más espejos.

Lilliam Bohrt Pórcel. Tarija - 1973.